

El viejo Brousse se había colocado con intención malévola y calculada entre él y la moribunda.

Al espirar Matilde, Jordal dijo con tristeza:
—Todo ha concluido.

Después sacó fuera á su compañero. Fabregues se creyó en el deber de acompañarles á pesar de sus protestas, y ya en la puerta balbució algunas frases de agradecimiento, cuando Brousse se volvió y le dijo con voz sorda: «¡Maldito! ¡Asesino! á pesar de Jordal, que siempre conciliador, procuraba aplacarle diciéndole:

Verdaderamente, maestro, hacéis mal.

—Sí, gruñó el viejo profesor. ¡Asesino!

Fabregues, exasperado por este apóstrofe se volvió y le gritó:

—Y vos.

Brousse permaneció inmóvil, buscando una respuesta, mientras Jordal le decía para tranquilizarle.

—Esa insolencia no os alcanza. Vamonos.

Y salieron cogidos del brazo.

Repuesto al fin Brousse, declamaba sus catilinarias de costumbre contra el gascón con más energía que nunca.

Ya os había dicho que ese miserable nos cubriría de vergüenza. Es un asesinato lo que ha hecho, lo repito.

—¿Por qué creer eso?

—Sois muy débil: es preciso señalar lo que merece el menosprecio.

Jordal, más convencido de lo que aparentaba, hacia algunas objeciones en términos vagos, y Brousse contestaba cada vez más exasperado.

—¡Envenenador! Yo le condenaría á muerte.

—Pero ¿y las pruebas?—dijo Jordal.—Es médico y eso le salvará.

—Tanto peor para él, para la medicina y para nosotros—dijo Brousse.

XXXI

Apesar de su respuesta, Fabregues había recibido el ataque de su enemigo el viejo Brousse en mitad del corazón, y permaneció como aturdido, sin atreverse á entrar en su casa.

Dió algunos pasos hacia adelante, maquinalmente, respirando con avidez para recobrar el dominio sobre sí mismo.

La noche era magnífica. Pero alrededor de Sancy, las nubes se levantaban cubriendo las cimas.

Al mismo tiempo brillaban en el espacio los fulgores de relámpagos lejanos.

Fabregues estaba muy preocupado para cuidarse de esto.

El apóstrofe ¡asesino! del doctor Brousse le trastornaba el ánimo.

Caminaba sin saber á donde se dirigía. No hubiera podido decir el tiempo que así estuvo: por otra parte, ¿qué le importaba saberlo?

Acababa de recorrer la última etapa en el

camino de su fortuna. En adelante sería rico. ¿Quién podría arrancarle la presa de que se había apoderado? Era rico, es decir, fuerte, en situación de sostener la lucha contra todos sus enemigos.

Mil ideas confusas se agitaban en su espíritu, enardecido por la fiebre; pero dominaba á todas la satisfacción del triunfo.

En el momento que se entregaba á estas reflexiones, atravesó el follaje de los árboles que bordean un arroyo cerca del camino, un resplandor de claridad deslumbradora.

Fabregues se detuvo.

Desde el sitio en que se encontraba, veía las luces de Mont-Dore como puntos en lontananza.

Había andado mucho.

De allí á poco oyó pasos que se acercaban por el camino por donde había venido él antes.

Empezaba á lloviznar, y de pronto una racha de viento dobló las ramas de los árboles y arrancó algunos, que cayeron al camino.

Sin embargo, la luna, en su lleno, iluminaba aún una parte del paisaje, que ofrecía un aspecto fantástico, en calma por un lado y sombrío como el infierno por otro.

Fabregues conocía los efectos de los huracanes en estas alturas y se apoderó de él un miedo indefinible, y comprendiendo que no tenía tiempo para regresar á Mont-Dore, buscó un abrigo mientras pasaba el huracán.

El lugar era verdaderamente salvaje.

Por el otro lado del sendero, murallas cortadas á pico, rocas basálticas abiertas por la acción de las aguas, se elevaban á grandes alturas, siendo infranqueables por algunos sitios mientras que en otros la erosión de las aguas produce el efecto de escaleras naturales.

Fabregues se encontraba precisamente ante una de estas brechas.

La subió esperando hallar una excavación que le preservase de la lluvia, que ya caía en abundancia.

La casualidad le sirvió á maravilla.

A los treinta y cinco ó cuarenta metros de altura, percibió una especie de refugio abandonado ó de cabaña abierta, cuyo techo formado por tablas sin desbastar, parecía hallarse en buen estado.

Desde allí podía presenciar tranquilamente una de esas escenas aterradoras de que han sido testigos los turistas que han estado en Mont-Dore y que no se olvidan nunca.

Fabregues, guarecido allí, se felicitaba del encuentro cuando volvió á oír de nuevo pasos por el camino.

Otro paseante tenía sin duda la misma idea que él, y pronto apareció su cabeza en lo alto de la brecha por la que había pasado el médico.

Fabregues vió aparecer un hombre de alta estatura, mojado hasta los huesos, el cual, al ver la cabaña, lanzó un suspiro de satisfacción y dijo.

—Por fin.

Al mismo tiempo un relámpago, seguido de un trueno estridente, iluminó su rostro.

Fabregues dió un paso atrás.

XXXII

Apenas había podido ver á Pedro de Bures en la habitación de la muerta, así es que Fabregues dudaba aun de que el aparecido fuese él; pero su duda desapareció en seguida.

—Gracias á Dios que os encuentro, caballero—dijo el oficial.—Soy Pedro de Bures, pariente y amigo de la señorita Borel. Os buscaba.

Fabregues se había repuesto.

Tenía vicios, pero era valiente, y esta es una virtud que hace perdonar muchas cosas, como el amor.

—¿Tenéis algo que decirme?—preguntó friamente.—Os escucho.

Un trueno hizo conmovér la roca sobre la que se sustentaba la cabaña, y el viento hizo vacilar los postes que sostenían el techo.

Al mismo tiempo, el torrente que corría en el fondo, á cien pies lo menos, engrosó con las aguas que bajaban de los montes inmediatos.

—¡Noche siniestra!—murmuró el oficial.

Y dirigiéndose á Fabregues:

—La casualidad ha venido en mi ayuda. Entre nosotros era necesaria una explicación. Al dejar el lecho de la que tan inicua-

habéis matado, vagaba por la calle y llegué á un sitio cuyo nombre desconozco. Ví una sombra que caminaba delante de mí y la seguí, porque no sé que instinto me advertía que solamente vos, el hombre lleno de pensamientos sombríos, podía buscar la soledad al aproximarse la tempestad. No me engañaba. Ahora estamos solos y la justicia de Dios decidirá entre nosotros.

Fabregues cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ni la justicia de Dios—dijo él con tranquilidad desdeñosa—ni la de los hombres, tienen nada que ver conmigo.

—¿Lo creéis así?—preguntó Pedro de Bures con calma.

—No lo dudo.

—Pues si vuestro crimen ha de quedar impune, á mí me corresponde obrar.

—¿De qué crimen habláis?

—Del vuestro, del que habéis cometido, en primer lugar casándoos con esa desgraciada Matilde sin amarla...

—¿Qué sabéis vos?

—No lo neguéis; tengo las pruebas. El mismo día de vuestro matrimonio escribáis á otra esto: «No quiero á nadie más que á ti.» De Matilde sólo queríais la fortuna, y como no moría pronto, la habéis asesinado.

Hubo un instante de silencio.

Fabregues continuaba en actitud desdeñosa, pero en el fondo de su alma sentía cierta turbación, producida por las palabras del oficial,

que le recordaban las del doctor Brousse. Con el rostro contraído y voz mordaz, contestó:

—En verdad, debéis considerarme muy paciente para escuchar esas injurias inútiles y vanas. Sólo la tempestad, que nos tiene prisioneros, puede explicar esta paciencia mía.

A la luz de un relámpago, el oficial le vió entrar la mano en uno de sus bolsillos; pero, rápido como el rayo, Pedro de Bures le cogió el brazo con tal fuerza, que el revólver del doctor cayó de sus manos.

Pedro cogió el arma y la arrojó al torrente.

El viento aumentaba cada vez más; pero la lluvia caía con menos violencia, y á través de las nubes desgarradas, brilló de nuevo la luna.

—¿Qué pretendéis?—preguntó Fabregues lívido de cólera.

—Hacer lo que ni Dios ni los hombres harán, según decís.

—¿Más aún?

—Castigaros.

—Sería preciso juzgarme antes.

—Estáis condenado.

—¿Por quién?

—Por mí. No habéis tenido compasión para una pobre joven indefensa. La habéis engañado y la habéis matado con ferocidad sin ejemplo, contando con la impunidad... Vuestros cálculos han sido falsos. Yo la amaba, y con esto os lo digo todo.

—¿Queréis un duelo?

—¿Un duelo con un bandido? No. ¿Qué pretexto daría á mis testigos.

—¿Entonces?...

—Escuchadme. Somos dos hombres iguales en edad, sin armas y al borde de un abismo. Habéis desempeñado durante varios días la in-noble comedia de un amor que no habéis sentido nunca y de pesares que no experimentáis. Habéis hablado de suicidio... Suponed que se encuentra vuestro cadáver en el fondo de ese abismo, y se dirá que no pudiendo sobrevivir á vuestra esposa, habéis cumplido vuestra palabra. Si se encuentra el mío, todo se explica por un accidente cualquiera.

—¿Me proponéis una batalla de salvajes?

—Sea lo que quiera, debíais alegraros vos, cuya cabeza debía rodar en el cadalso, asesino de un ángel, envenenador de una niña que con-hó en vos. Ea, acabemos.

—¿Y si rehuso?—dijo Fabregues.

—Tanto peor para vos. Uno de los dos quedará aquí: lo juro por la memoria de la muerta.

Fabregues comprendió que un minuto más tarde no sería tiempo de detener la cólera creciente del oficial.

—Dejadme pasar—le dijo.

—Estáis loco—dijo Pedro de Bures, colocándose en medio de la brecha.

—Es posible.

El gascón buscó con la mirada una salida, pero no la encontró.

La fuga era imposible.

Entonces Fabregues buscó un arma, y de pronto lanzó un grito de alegría. Una gruesa piedra había rodado á impulso del viento hasta el pie de la cabaña.

La cogió, dirigiéndose hacia el oficial, que esperó inmóvil el ataque.

Al hallarse á dos pasos de él le arrojó con tal fuerza la piedra, que él mismo fué llevado por su propio impulso, viniendo á caer, por decirlo así, en los brazos de Pedro de Bures.

Este había evitado el choque retirando el cuerpo.

En el paroxismo del furor estrechó á su adversario con tal rabia, que se oyó el crugido de los huesos del doctor, que trataba inútilmente de escaparse de brazos de su enemigo.

Pedro de Bures le levantó en alto, le llevó al borde del precipicio, y haciendo un esfuerzo supremo le lanzó al vacío.

Se oyó un grito perdido entre el ruido del torrente, el ruido mate de un cuerpo que se agitaba en el camino, y esto fué todo.

Pedro de Bures marchó por donde había venido.

Al pie de la roca vió un cadáver en el suelo y lo arrojó al torrente. Enjugó el sudor de la frente, hizo la señal de la cruz y regresó á Mont-Dore.

Dos horas después estaba de rodillas con la frente apoyada en una de las manos de la enferma. Así le encontró la primera luz del alba,

y cuando D'Aubagny fué á dar el último adiós á los restos de la pobre joven, Pedro de Bures, le dijo señalando el cadáver de Matilde:

—Está vengada.

El barón puso un dedo sobre los labios, indicándole silencio.

*
*
*

Rara vez se conoce la verdad de los dramas que se desarrollan casi á la vista de las gentes.

Los periódicos de Clermont anunciaron el suicidio del doctor Fabregues, atribuyéndolo á la desesperación amorosa.

El viejo Brousse aceptó la versión que salvaba la honra del cuerpo médico, y aunque ni él ni Jordal dejasen de abrigar sospechas sobre su autenticidad, no dejaron trascender nada.

D'Aubagny era el único que conocía la verdad sobre las causas del crimen y su castigo.

El tiempo ha pasado.

Hasta aquí, el barón no ha podido triunfar de la resistencia de Elena Brunoy.

Independiente por su trabajo, pasea á sus horas habituales por el boulevard, desde su casa al almacén, llevando impreso el sello de una incurable tristeza desde la catástrofe del doctor Fabregues.

D'Aubagny está cada vez más preocupado.

Madama Delivet, que piensa retirarse de su comercio, le decía en estos últimos días:

—Puesto que tanto la queréis, casaos con ella.

—Pero...

—No haríais tan mal negocio; mujeres como ésta no tienen precio.

El barón D'Aubagny no está lejos de creerlo así.

Si vais por casualidad á Breville, podéis ver en el cementerio una tumba de mármol blanco rodeada de un jardín de que cuidan con amor manos cariñosas.

Allí reposa Matilde Borel.

A veces se ve de rodillas un militar que ora ante aquella tumba.

Es Pedro de Bures.

El pobre mozo lleva en el corazón una profunda herida y bendecirá el día del inevitable desquite de la Francia la bala que le reuna con aquella á quien no ha cesado de amar y cuyo recuerdo está siempre vivo en su alma.

FIN DE LA NOVELA.

1860

1860

1860

F
D